

ALEJANDRO LORA RISCO

REVALORACION DE VALLEJO

HOY ES mundialmente conocido el nombre del más peruano y más grande de los poetas de mi tierra. Pero pasa con él, con César Vallejo, lo que ha pasado con muchos otros grandes poetas, de esta o de cualquiera otra época. Su poesía no es tan conocida como su nombre, ni tan correctamente interpretada como su vida. Estos poetas de nuestro tiempo, poseedores de un lenguaje, aunque vital y comunicativo, siempre arcano, henchido de hermetismo, son objeto de la interpretación más confusa, o poco clara, o decididamente tendenciosa. Y ya que no existe una *ciencia* ni un método infalibles para desvelar su lenguaje, de manera que no sea posible equivocarse ni alterar la pureza de su recóndito sentido, la crítica literaria, impunemente, puede hundirlos. Ya sería un milagro si acertara con su verdadera inefabilidad.

Se ha intentado muchas veces, con suerte muy diversa, arribar al meollo de *Trilce* y los *Poemas Humanos*. Pero no es empresa fácil. Ofrecen dificultades que están por encima del contagio entusiástico, y hay que desconfiar mucho de éste, precisamente, cuando se trata de reconstruir la experiencia de un poeta metafísico. Hay que contentarse, por lo mismo, con las aproximaciones y uno que otro destello luminoso. Pero debemos, en cambio, ponernos a cubierto en lo que se refiere a las involuntarias, y a veces fatales y grotescas interpretaciones. Es fácil incurrir en ellas cuando se trata de Vallejo. Su poesía contiene toda la gama de la existencia del hombre, arranca de la personalísima tragedia del poeta, penetra en las raíces profundas de su existir histórico, trasciende al espíritu de su comunidad histórico-social, al de la humanidad toda, se pierde, por último, en connotaciones antitéticas, o paradójicas, del más puro sabor metafísico, que lanzan su expresión al nivel de las cumbres donde brillan

las más audaces imágenes religiosas... ¿Cómo desovillar el hilo para aprehender, después, en su unidad superior, lo indivisible, el todo único, conexivo, en el que haría incidir el analista la suma parcial de sus ahondamientos? Ha ocurrido, por ejemplo, y ya es error generalizado (hay una honrosa excepción en Juan Larrea), que, unas veces inocentemente, pero otras con estudiado propósito de banderizarla, se califique de *social* la poesía de Vallejo. En cualquier caso, es una monstruosidad, porque, cuando se trata de *poesía* —y la de Vallejo posee los caracteres esenciales de lo que no puede ser sino eso— se condensa toda ella en el milagro de la *expresión creadora*. No responde a otro estímulo que a los de la naturaleza misma del fenómeno espiritual que contiene. En este sentido, la poesía puede y debe ser interpretada (aunque no como previa condición de su goce), mas no despachada por una denominación definitiva y adjetiva como la de *social*; con la cual se pretenden ampliar el radio colectivo de la influencia del poeta, pero a costa, claro, de estrechar la riqueza poética de su verbo, de ahogarla en la más canija de las vías respiratorias.

¿De dónde viene, sin embargo, aquella etiqueta de *social*, que pretende reducir a un esquema absurdo el múltiple sentido del acontecer poético vallejiano? De una deducción muy lógica, en apariencia. Vallejo era también un ideólogo, y se batía con la filosofía marxista, que empezaba a hacer presa, a partir de la primera guerra mundial, en casi todos los poetas y novelistas de vanguardia. *Ergo*, su poesía, en que tan de cuerpo entero se retratan la miseria y la desesperación del poeta —y por extensión la de todos los hombres que tienen algo, o mucho que sufrir— debe contener un mensaje, un mensaje social dirigido a la multitud, e inspirado en ella.

Como vamos a verlo, Vallejo no se inspiró en el fenómeno material y grotesco de la miseria, considerada como una lacra horrible. No estimó la desgracia —en el pobre, en el desheredado— como señuelo poético a propósito. Extendió su *Eros* a la masa para contagiar de fervor la existencia de ese hombre en quien —anonadado en su condición colectiva: y de ahí su extraordinaria y heideggeriana imagen: *sujeto a tenderse como objeto*— aún no ha sobrevenido el *sentido*:

¿Con qué mano despertar?

¿Con qué pie morir

¿Con qué ser pobre?

¿Con qué voz callar?

¿Con cuánto comprender, y luego, a quien?

La condición moral del poeta, sensible al sufrimiento del prójimo, le permitió animar el sentimiento de la miseria colectiva o social a modo de una enorme imagen o metáfora, en que la otra miseria del hombre, la miseria del hombre metafísicamente dolido, atormentado, angustiado, perplejo ante el misterio de vivir y morir, cobraba una animación inaudita, y se revestía de la más expresiva tragicidad. Es más aún: la miseria no es miserable, para Vallejo, sino cuando a su través no llega a penetrarse en la entraña de lo humano y viviente, cuando la conciencia no se depura en ese crisol de inmundicia. Sin exagerar amaba la miseria en que el hombre se halla a sí mismo, en que el hombre no se tiene ya sino a sí mismo. Pero también comprende hasta qué punto la miseria hace del hombre un fantasma, por lo que, en fin de cuentas, desesperado, no encuentra símbolo más puro para exaltar la ausencia del *sentido* que la miseria misma. La tragedia y la agonía del poeta está en querer ser en la pobreza lo que no quiere que los otros sean ella, aunque les es tan indispensable a ellos como a él, para revelarse trascendentalmente a sí mismos. Lo que lo atormentaba, sin duda, era la ceguedad y dureza de los hombres, de que no es capaz de librarlos la propia riqueza de su miseria material. ¿Puede concebirse este *pathos* en un poeta que no lo sea según la dimensión eticometafísica más estricta? Y de ahí:

*Amado sea
el que tiene hambre o sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todos sus hambres.*

¿Podía ser el germen de la rebeldía lo que buscaba entre los “desgraciados”, para abrazarse a ellos y destruir la sociedad? Vallejo, hay que decirlo en dos palabras, eligió la pobreza, no fue una víctima social de la lucha de clases. En su franciscana pobreza, vivía aterrado por la percepción continua del milagro de ser (como lo demuestra su sentido de la virginidad del mundo en su inolvidable “Descubrimiento de la vida”); terror y pobreza solidarias, que su lengua poética, preñada de enormes paradojas, eminentemente milagrosas, inundó, un buen día, de patética luminosidad.

Cuando se proyecta con amor, Vallejo se extravía en el prójimo. Y, desde luego, delirante, patológicamente: *Me ahogo en la voz de mi vecino. . . Tú y él y ellos y todos entraron a la vez en mi camisa. . . Así, casi no soy, me vengo abajo. . . Vamos a ver, hombre, cuéntame*

*lo que me pasa, que yo, aunque grite, estoy siempre a tus órdenes...
A lo mejor, soy otro...*

*¡Y qué dejar de hacer, que es lo peor!
Sino vivir, sino llegar
a ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma.*

Abusiva inserción en la conciencia ajena, que no deja, incluso, de sublevarle: *¿Cómo ser y estar, sin darle cólera al vecino?* El existir en la conciencia de la existencia anónima —masa, vulgo, miseria— está, pues, en conflicto permanente con una apetencia, no ya inmanente, sino trascendente, de ser. Su *ordo amoris*, ya se ve, no es una ficción social, un pretexto de rebelión ideológica, la pólvora marxista. Es el *Eros* mismo, y el eros descubre el acto de ser hasta en los intersticios más oscuros y recónditos de cada hombre humano. *¿También el sentido?* No siempre, casi nunca. Y por ello, los hombres son, por excelencia, “los desgraciados”:

*Pues de resultas del dolor, hay algunos
que nacen, otros crecen, otros mueren,
y otros que nacen y no mueren, y otros
que sin haber nacido, mueren, y otros
que no nacen ni mueren. (Son los más).*

Ya lo había dicho en *Trilce*: “Estáis muertos, no habiendo antes vivido jamás. Quien quiera diría que, no siendo ahora, en otro tiempo fuísteis. Pero, en verdad, vosotros sois los cadáveres de una vida que nunca fue”. El *eros* vallejiano es profundamente religioso, numinoso, irracional, que no social ni revolucionario. Odia, le repugna todo lo que sea nivelación, igualdad, homogeneidad, en la escala del corazón humano:

*Quiero ayudar al bueno a ser un poquillo de malo
y me urge estar sentado
a la diestra del zurdo, y responder al mudo,
tratando de serle útil en
lo que puedo, y también quiero muchísimo
lavarle al cojo el pie,
y ayudarle a dormir al tuerto próximo.*

Está claro lo que siente Vallejo: cederse, extinguirse en la llama de un dolor universal: *y tú y él y ellos y todos entraron a la vez en mi camisa*. ¿Es "social" este fundamento místico de sus vivencias poéticas? ¿Dirige hacia la acción a las masas? ¿Refleja, ni siquiera de lejos, un problema humano colectivo, independiente de la agónica trama de la peculiar existencia del poeta? ¿No tiende a hacer del drama humano, en sentido general y global, lo no colectivo por excelencia, lo típicamente vallejiano, por excelencia también? Vallejo quiere ver en cada destino particular, no ya la suerte de la raza, de la clase social, del grupo o de la secta, sino el destino esencial de la criatura. Si no estuviera cada una de las criaturas en la encrucijada de su propio destino, no habría hombre, no habría esa persona total que se llama Vallejo. *César Vallejo, te odio con ternura*. Esta desigualdad trágica es lo único que permite a los hombres encontrarse entre sí, y amanecer de consuno al descubrimiento, posible, del *Sentido*.

Ya sabemos, no obstante, cuál es el percutido criterio que ha prevalecido en la apreciación de la poesía de Vallejo. Sin preocuparse del poeta, remitiéndose al pensador, que es claro, incisivo y voluntarioso, se ha sentado un nefasto prejuicio. De uno de los sesgos de su vivencia ontológica, astutamente interpretado como amor social de ascendencia marxista, se pretende inducir el complejísimo todo de una poesía como la que está escrita en el lenguaje de *Trilce* y *Poemas Humanos*, en que el poeta deja columbrar inefables misterios.

A qué extremos se ha podido llegar por esa vía equivocada, podemos verlo en uno de los más recientes análisis de la poesía de Vallejo, producto de la pluma del profesor y crítico hispano don Luis Monguió. Quiero ocuparme de él en esta ocasión.

Del trabajo monográfico de Luis Monguió¹, se desprenden dos cosas, en lo que respecta a Vallejo: a) que *Trilce* viene a ser como la sublimación de las nuevas corrientes de seudo vanguardia incorporadas por el *gusto* a la poesía peruana, entre las décadas segunda y tercera del siglo, por reacción contra la vacuidad retórica reinante. El nervio del temperamento de Vallejo hizo posible despojar al vanguardismo, a su vez, de toda superfluidad "imagística", convirtiéndolo, así, en la substantivada expresión de un estado de espíritu más alerta. Que sea falso, que sea verdadero, lo que nos interesa es... b) que —según Monguió— *España, aparta de mí este cáliz*, lo mismo que los *Poemas Humanos*, derivado éste de aquél —como quien dice, su remanente—, son la consecuencia necesaria de la maduración filosófico-política de las concepciones de Vallejo, y una de

¹*La poesía postmodernista peruana*, Colec. Tierra Firme. F. C. E., México

las más altas cumbres de la poesía social o militante de nuestra época. “El escritor —escribe Monguió— que en prosa había tratado de explicar *científicamente* (¿por qué en vez de este engañoso adverbio no usó el crítico: *marxistamente*) las relaciones humanas dentro del devenir (sic) de la historia, al tratar de hacerlo ahora, *sintéticamente, en poesía...*” Sí, así dice Monguió, *sintéticamente, en poesía*, en la pág. 146 de su estudio. Frase que ya venía preparada y respaldada desde la pág. 76 con esta idea curiosísima: “Vallejo hubo de buscar y hallar *por otros caminos que los literarios* la resolución a su problema, la solución (sic) *al dolor de vivir*, antes de poder volver a escribir poesía”. No cabe declaración más nitidamente infundada, lo más inadecuado que se haya dicho nunca acerca de una poesía y un poeta.

Pero dueño ya de esa llave, de esa “solución” (al dolor de vivir), Vallejo podrá volver a escribir poesía. Pero releamos el párrafo completo: “El escritor que en prosa había tratado de explicar científicamente las relaciones humanas dentro del devenir de la historia, al tratar de hacerlo ahora, sintéticamente, en poesía, no alcanza a ser frío ni imparcial, sino que es emocional; en poesía, no le domina la razón, sino la razón de su emoción”. Es una de esas frases que, como suele decirse, no tienen desperdicio. La poesía, una *síntesis* (tesis más antítesis) de emociones con respecto a lo que había hecho antes el pensamiento en la esfera del análisis racional. Un producto —emotivo— de una “solución” previa —racional. Ya se ve, en suma, lo que es la poesía, y no sólo la de Vallejo, para el crítico hispano: esa manera de transverter *pensamientos* de un vaso de barro (el menospreciado y superado, aunque condicionante, barro de las “ideas”) a otro más trémulo y de cristal. Un depósito donde puede volcarse la frialdad científica y las *razones del devenir* de la historia sin que por eso la frialdad o imparcialidad de éstas la congele; antes bien, llega a ser poesía que irradia calor en grandes oleadas de síntesis emotivas, sintéticamente. Y, en el caso especial que nos preocupa, no más que un traslado emocional de las razones políticas que tuvo a bien Vallejo elegir entre las más revolucionarias de su tiempo —considerando, a priori, que la obra poética del peruano es poesía “social”. De esta manera, “el escritor... (al volverse poeta) no alcanza a ser frío ni imparcial, sino que es emocional”.

En torno al delicadísimo problema de la poesía de Vallejo, todo queda explicado, para el profesor Monguió, por medio de un trueque mágico, o qué sé yo, de valores morales y de valores intelectuales. O, mejor dicho, por una mutación de los primeros en los segun-

dos, y, a su turno, rigurosamente a su turno (luego vamos a verlo) de éstos en aquéllos. En ningún momento habla de valores, intuiciones o vivencias *poéticas*. Según el crítico, la emoción vallejana se transforma en raciocinio y cálculo filosófico-moral, y después de unos 15 años de tenerlo en maceración, se traduce a su vez, o retrovierte, en una nueva emoción, pero, eso sí, en emoción-síntesis, en poesía "social".

En la pág. 146 se ha referido el autor a que "esas mismas emociones (habla de las dolorosas y, para él, pesimistas de *Los heraldos negros* y de *Trilce*) racionalizarlas (el subrayado es mío), tras un período de la rebelión por la rebelión, le habían conducido en la busca y en el hallazgo de una filosofía que le *explicaba las razones del dolor y de la injusticia* y que le prometía resolverlas en este mundo". Cree, pues, que las emociones de *Los Heraldos* y de *Trilce* (no la poesía que habría en ellas) son *racionalizadas* por el pensamiento del ideólogo. Y que entra Vallejo, por lo tanto, en posesión de una filosofía que explica las *razones del dolor*, como si la vivencia poética del dolor germinase de una razón y sólo por una razón, del cariz que fuese, respirara.

Repentinamente, el Sr. Monguió acaba de revolucionar la estilística, o de inventarse una poesía para su gusto. Las ideas de Marx y de Lenin no habrían tenido ningún poder efectivo sobre la conciencia de nuestro poeta si no hubiera actuado, previamente, el fermento nauseoso de los *Heraldos* y de *Trilce*, "que le habían conducido en la busca y en el hallazgo de una filosofía, etc." (El caso tendría analogía con Neruda, que se depura con el *Canto General* después de consumir la horrida fechoría *residencialista*). Sólo le falta agregar, ahora, que Vallejo deberá convertir en emoción, esto es, sintéticamente, en poesía, lo que en prosa había tratado de explicar científicamente (gracias al socialismo "científico" de Marx y Engels). Con su frase redonda: "Vallejo hubo de buscar por otros caminos que los literarios la resolución a su problema, la solución al dolor de vivir, antes de volver a escribir poesía". ¿Será posible decir de un artista que busca sus caminos fuera del arte, de un poeta fuera de la poesía? ¿Será posible sostener que el poeta, Vallejo, no quisiera escribir *poesía*, sino solucionar, esto es, matar el "dolor de vivir", que es el foco mismo del conflicto, la raíz que le hace correr a todo poeta el riesgo de *crear*, más allá de la constante tentación del *pastiche*?

Primero, pretende explicarnos Monguió, Vallejo *racionaliza* las emociones contristantes de su dos primeros libros, y gracias a esa serena o científica conversión, amparada en el pensamiento político y

filosófico de la época, descubre la acción social y, corolario inevitable, la literatura proletaria. Pero una vez racionalizadas sus emociones patológicas y abocado en el optimismo marxista y en la literatura proletaria, ¿qué hace Vallejo? ¿Escribirá poesía "social"? Vallejo, dictamina su crítico, tiene ahora que volver a emocionalizar lo que había ganado intelectualmente como una batalla librada contra el *pathos* (por el camino, se entiende, de la fría imparcialidad científica). Y sus dos libros póstumos no serían sino la condensación, "sintéticamente, en poesía", de la racionalización de los sentimientos de los dos primeros. No se ha dado, pues, por aludido ante el extraordinario fenómeno expresivo de los *Poemas Humanos*, que son la quintaesencia del *pathos*.

No hay que decir que el señor Monguió se ha equivocado de esfera. Parece no tener la más vaga sospecha del proceso creador del artista, o no quiere tenerla, por lo menos, frente a la poesía de Vallejo, de cuyas dificultades es tan fácil deshacerse en términos de tesis, antítesis y síntesis. . . He aquí que el poeta que ha escrito *Trilce* no es ya capaz de volver a pensar o sentir en imágenes durante unos cuantos lustros, porque está pasando revista aún y no ha dado solución a los problemas de la humillada clase trabajadora. Menguado poeta habría sido para callar tanto tiempo por tales razones monguióinas. Como cree el crítico que la poesía no es más que el tamiz emocional de las "ideas", sobre todo si son marxistas-leninistas, ignora por completo que la *musicienne du silence* (Mallarmé) es una de las manifestaciones más directas y puras de la poesía. Vallejo guardó silencio como guardan silencio los poetas más grandes. Por ejemplo, Goethe, durante decenios, antes de rematar, muchos años más tarde, el *Fausto* que empezara a escribir en plena juventud. Rimbaud, para siempre, después de *Les Illuminations*. Baudelaire mismo, autor de un solo libro, escrito de una vez para siempre, aunque lo retocara mucho, y no dejara de enriquecerlo en su momento. Valéry, a lo largo de más de 20 años, antes de *La Jeune Parque*. Rainer M. Rilke, antes de escribir, en un raptó, sus *Elegías de Duino*. De cuantos ejemplos ilustres no está llena la historia de la poesía universal.

Pero esto no es todo. Con su trastrocada tesis, el crítico se permite poner en duda, al crudo vivo, la humanidad y sensibilidad del poeta, tan intensamente humano. ¿Qué pensaría el lector de un poeta obseso en poner "solución" a su particular sufrimiento, o que necesita especular, año tras año, antes de decidirse "científicamente" a compartir el dolor y la fe de sus prójimos, sufridos y expoliados? Mediana contextura moral la de ese hombre. Es como si un soldado se deleitase con la estrategia, pero se horrorizara con la guerra. Como si a un

santo que se va al cielo le diera vértigo la levitación. Nuestro poeta no ha sido nunca Hamlet. Vallejo sufre —recuérdese: *el alma que sufrió de ser su cuerpo... yo sufro solamente...*—, y entre otras cosas, sufre las “soluciones”, las detesta. Vivir en el sufrimiento es su manera de agotar su inexhausta toma de conciencia: *He de cantar calzado de este sollozo innato* es el equivalente póstumo, que en el fondo nada altera (a no ser la esencia poética) del juvenil y puro: *Dios mío, estoy llorando el ser que vivo*.

No obstante, las consecuencias de aquella “solución”, poética o como fuera, que le achaca su crítico español, habrían sido más bien funestas para la persona y la poesía de Vallejo. Agotado por el trance y la agitación de su conciencia, de todo su ser radicalmente comprometido, hundido en la participación mística con su pueblo, enferma y muere. Muere tan confundido, que se le escapa, ay, una frase sublime: “Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios”. Hay algo, pues, que la “solución al dolor de vivir” no curaría: la tristeza congénita del poeta:

*La madre del cordero, la causa, la raíz,
ésa no habrá ahora para mí?*

Con “solución” o sin ella, Vallejo seguía siendo Vallejo, seguía vi-
viendo y muriendo. Y quizás más radicalmente, más trágicamente que
nunca, tratando de matar aquella solución marxista que, por modo
inexplicable, venía a enriquecer el sentido, la esencia de su contra-
dicción:

*¿Qué me ha dado, que vivo?
¿Qué me ha dado, que muero?
· · · · ·
¿Qué me da, que ni vivo ni muero?*

La solución marxista no hizo más que apurar la agonía y de una vez
por todas descartar el ignominioso precepto elucubrado. ¿Acaso no
habría sido lógico, allí donde todo ha sido supremamente “lógico”,
que en ese instante, con la solución en la diestra, o en la siniestra,
hubiera Vallejo vuelto a nacer, para emprender una nueva vida de
esperanza y realizaciones poético-políticas?

La existencia de Vallejo entraña una problemática total: psico-
lógica, artística, histórica y metafísica. Aspectos que no se pueden
disociar torpemente, si pretendemos mantener asida por la médula

la unidad de su vivencia poético-ética. El problema trascendental de la vida y de la conciencia de Vallejo no es la "solución al dolor de vivir", aunque en ello tuviera que mostrarse interesado su pensamiento político, que lo tuvo y muy sólido (¿cuándo no ha sido sólido y dogmático el marxismo?), sino el de toda gran personalidad poética, que tiene algo concreto que decir, decirlo bien, con endiablada exactitud, y en relación, claro está, con el conflicto humano que se ha heredado aquí, en este único momento de la *historia*.

El problema existencial de Vallejo, del que su poesía es un símbolo misterioso —cuántas veces nos los deja entrever confusamente lejísimo de toda traducción conceptual: *doctor de honda ignorancia*—, es el de poder limitarse existencialmente a lo ilimitado; el de poder sentirse plenamente humano, y no un átomo social girando en torno a un vacío en argamasa con otros átomos sociales. Se siente hombre en esencia, y sin equivocarse su dimensión, para proyectarse hacia el ser, hacia lo desconocido:

*Piano oscuro, ¿a quién atisbas
con tu sordera que me oye,
con tu mudez que me asorda?
Oh, pulso misterioso.*

Quien así siente y pulsa lo desconocido —*sentimiento oceánico de todo: . . . ¿no oyes jaderar la sonda? . . .*¹—, ¿podía ser ajeno a su más íntima necesidad de conflicto? ¿Podía dejar de preguntarle a su conciencia quién es él, el hombre peruano de los Andes que se llama César Vallejo, que siente y sufre la terribilidad de Dios² y del misterio? ¿Qué hacer, pues, para ser un hombre? ¿Podía tratarse del simple hallazgo de una "solución" científica, de un arreglo social violento para distribuir los bienes temporales? De ahí el impenetrable raigón de su experiencia, que le hará prorrumpir: *mas mi triste tristumbre se compone de cólera y tristeza*. Y así es como surge, primero, el aviso funesto de *Los Heraldos Negros*, luego, el sondeo ultramúndico de *Trilce*, y, por fin, la trágica entrega a una solución erótico-metafísica que no resuelve nada, tan inefable que lo sumerge definitivamente en el conflicto radical: ser el hombre que se busca a sí

¹Estos conceptos más ampliados en *Introducción a la poesía de César Vallejos*, del autor, *Cuadernos Americanos*, N^o 4, 1960, México.

²A este propósito, véase nuestros

trabajos: "Numinosidad y catolicidad en la poesía de Vallejo", *Finis Terrae*, N^o 21. Y "Dimensión del paisaje en *Los Heraldos Negros*", *Revista de S. E. Ch.*, N^o 5, 1959.

mismo en el amor tortuoso de algo incomprensible: la humanidad misma —y que muere por ello. Eso, y no otra cosa, representan *España*, *aparta de mí este cáliz* y los *Poemas Humanos*. Ahora bien, siendo este el *pathos* de que con tanto menosprecio y desconfianza habla Monguió, el *pathos* “pesimista” que le condena en sus *Heraldos Negros* y en *Trilce*, nadie puede molestarse en hablar de la *poesía* de Vallejo sin asegurarse antes de que el hombre, *en su totalidad*, le inspira el más profundo respeto; que no es, por tanto, sólo un pretexto para disputar en la riña política cotidiana.

Mas esta experiencia de ser hombre, pocas veces ofrecida por la *poesía* universal de un modo tan directo y conmovedor, *es lo que es* justamente por hallarse expresada en un lenguaje de la exclusiva creación del genio del poeta. Nada podemos decir del lenguaje poético vallejiano que no sea válido, al mismo tiempo, para el lenguaje universal de la *poesía*. ¿Y qué es *poesía* sino la manera particular y exclusiva de cada poeta auténtico para expresar lo inefable? “Hacer *poesía* —escribe Gerard Hauptmann— significa hacer resonar detrás de las palabras el verbo original”. Y es lo que ha hecho Vallejo. Ha puesto su humanidad en súbito y acendrado contacto con lo otro, y de ese choque abierto y profundo, el verbo ha saltado empapado de *poesía*. Empapado a tal punto de ella, que a veces —Oscuridad Esencial (Valéry)— no podemos entenderle, lo cual ya no hace falta, tampoco, porque la emoción se halla fantásticamente inundada de claridad: *Lo entiendo todo en dos flautas / y me doy a entender en una quena*. Y con otras catacresis: *sufriendo como sufro del lenguaje directo del león*...

El contenido emocional *mentado* de la *poesía*, no puede ser, pues, en modo alguno, materia destinada a la difusión, sino a la concentración. ¿*Poesía social*? El adjetivo la mata. No hay una *poesía* “aplicada”, como hay o se dice de ciertas “artes aplicadas”. Ni se destina a efervorizar a las multitudes, sino a la comprensión emotiva del mayor número *posible* de *personas*. El simbolismo que la *poesía* expresa en su propio lenguaje, diremos, por último, se refiere a una revelación que no cabe ya en los estrechos contenidos formales del acto intelectual. Consecuentemente, no puede *ponerse* esta revelación *detrás* de aquel lenguaje.

Ahora bien, ¿hay algo más irracional, hay revelación más insólita y restallante que la de existir? La *poesía* es el símbolo de esta existencia innominable, la que se encarga de despertar a cada paso el recuerdo luminoso, *la memoria de la existencia*. Por esta relación, ella es abisal, irracional y absolutamente emotiva. Existir, en fin, no es

pensar lo que somos, sino sentir poéticamente la emoción de lo inexplicable, serlo inefablemente.

Pobre y nula tendría que ser la sensibilidad y la mirada, para no descubrir en la poesía de *Trilce* y los *Poemas Humanos* toda la realidad que contienen: la tragedia de ser un hombre, la exaltación secreta del que sufre, incurablemente, el abrazo de toda suerte de existencias —animales, humanas, angélicas—, y no para paliar o hacer más llevadero su dolor, sino para avivarlo, agudizando el trance:

*Quiere y no quiere su color mi pecho,
por cuyas bruscas vías voy, lloro con palo,
trato de ser feliz, lloro en mi mano,
recuerdo, escribo,
y remacho una lágrima en mi pómulo.*

No parece haberse dado cuenta el crítico de Vallejo que la poesía de los *Poemas Humanos* no resuelve nada, no es el derivado o subproducto de un previo haberle dado *solución* al problema del dolor de vivir, como tan puerilmente se lo imagina. ¿No ha visto cómo halla, a cada paso, la muerte, el dolor, la esperanza, lo eterno, la inocencia, la vida, lo numinoso, el enigma, la caridad, el mal, la caída, el eros, la humildad, la cólera, la desesperada huida, etc.) Sí, es cierto, Vallejo ha cantado a los mineros. ¿Por qué son tan penosamente explotados? Aparte la piedad, porque son el símbolo desnudo de la condición intrínseca de todo ser, de la humanidad tenaz de todo ser, *de todo cuanto existiendo, es. Creadores de la profundidad*, dice el poeta de los hondos mineros, como que todos los dolores de la Existencia son eso: creadores de la profundidad.

Podemos ahora comprender por qué Vallejo se murió tal y como la leyenda nos lo cuenta, no de enfermedades, ni por gusto de haber hallado una “solución” monguioína al “dolor de vivir”, sino, por el contrario, de un exceso de vida profunda, alimentada con el dolor y la angustia de ser, y de ser, sí, sin redención, un poeta trágico. “En suma, ha dicho el poeta, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte”. No ha hablado de “literatura proletaria”. De pocos como de él, para “explicar” su poesía, esto es, para intuir la un poco más a fondo, habría que decir, con Albert Béguin: “Y el genio del poeta trágico se preocupa únicamente por encontrar las imágenes y los desgarradores relámpagos que hacen brotar ante los ojos, en toda su amplitud irremediable, la tragedia de ser un hombre”.

*Comprendiéndolo y todo, coronel
y todo, en el sentido llorante de esta voz,
me hago doler yo mismo, extraigo tristemente,
por la noche, mis uñas;
luego no tengo nada y hablo solo,
reviso mis semestres
y para henchir mi vértebra, me toco.*

Tiene razón Béguin. Y tenía más razón, aún, Nietzsche, cuando, en uno de sus tremendos aforismos, escribe: "El artista trágico no es una pesimista; dice precisamente "sí" a todo lo que es enigmático y terrible; es dionisiaco"¹.

¹Dejamos para otra vez la continuación y término de este artículo